

tres elementos primordiales: la materia, el espacio, el tiempo.

Dios, siendo independiente de una manera absoluta del universo, es independiente de cada uno de sus elementos.

Es lo que resumimos diciendo que Dios es un puro espíritu, es decir, un ser inmaterial, infinito, es decir, independiente del espacio; eterno, es decir, independiente del tiempo.

PERSONALIDAD DE DIOS.

La existencia de un Ser supremo, es para todo entendimiento, que obra bajo las inspiraciones de su propia naturaleza, una verdad indiscutible.

Hemos querido demostrarla, en nuestros precedentes artículos—que están por cierto muy lejos de responder á su intento, ya porque nos faltan las fuerzas para tratar asuntos de esa índole, ya porque se han redactado para una publicación semanal y no para una obra filosófica—hemos querido demostrarla, repetimos, con el solo propósito de ofrecer á nuestros lectores, un conjunto

de argumentos y observaciones que pusieran de manifiesto la osadía y la injusticia de la negación contemporánea, al afirmar que Dios no existe ó que es el Incognoscible.

No podemos detenernos más en esa tarea, que exigiría tiempo más amplio y conocimientos más profundos.

Las nociones que dejamos apuntadas bastan, en nuestro concepto, para dejar fuera de duda, ante los soberbios positivistas, la existencia de un Ser Supremo.

Pero ¿qué cosa es este Dios?

¿Es, por ventura, una sustancia universal, una cosa indeterminada, una abstracción del espíritu, un ideal puro?

Así lo quieren los modernos filósofos.

“Dios, decía Renan, es el resumen de nuestras necesidades suprasensibles.”

“El Ser infinito, decía Vacherot,¹ universal, no se hace perfecto, inmutable, superior al tiempo y al espacio más que pasando al estado ideal. Es Dios, entonces, pero no toma la divinidad, sino perdiendo la realidad.”

Toda personalidad atribuida á Dios, en sentir

¹ La Metafísica y la Ciencia, tomo III.

de estos maestros modernos, es un ídolo de la imaginación, una entidad ininteligible de la escolástica.

Dios es un ser personal.

Cuando se trata de sacar una gran verdad de las sombras en que la envuelven los sofistas, no hay regla más segura que dirigirse al sentido común.

“El sentido común, dice Balmes, es una ley de nuestro espíritu diferente en apariencia, según son diferentes los casos á que se aplica, pero que en realidad y á pesar de sus modificaciones, es una sola, siempre la misma y consiste en una inclinación natural de nuestro espíritu á dar su ascenso á ciertas verdades no atestiguadas por la conciencia, ni demostradas por la razón, y que todos los hombres han menester para satisfacer las necesidades de la vida sensitiva, intelectual y moral.”

De esta inclinación nadie puede emanciparse.

Toda verdad de sentido común, es cierta con una certeza absoluta para todo el género humano.

La negación de una verdad de sentido común, jamás ha podido dar popularidad y vida á un

sistema, por más que se haya con habilidad concebido.

Este principio formulado por las antiguas escuelas: los actos provienen de seres subsistentes en sí mismos, *actus sunt suppositorum*, enuncia una verdad de sentido común.

Una ley que sentimos, una necesidad instintiva que experimentamos, nos lleva irremediablemente á atribuir las cosas, que se hacen en la vida, á un factor real y subsistente: factor viviente, si se trata de un hecho de vida; factor inteligente, si se trata de un hecho ordenado.

Nuestro lenguaje, á este respecto, es franco y espontáneo, como nuestro juicio: el sol resplandece, la avalancha se precipita, el océano brama, el león ruge, el hombre habla.

Estas afirmaciones de la causa de los hechos, traducen siempre este axioma: *los actos son de seres subsistentes*.

Ante un simple movimiento, un cambio, un accidente, en el que no vemos claramente un designio, nos contentamos con decir: ¿de dónde viene esto?

Pero desde que la inteligencia se descubrió de algún modo en un mecanismo ingenioso, en una

obra de arte, en una página elocuente, nos preguntamos,—¿quien ha hecho esto?—y expresamos de la manera con que formulamos la pregunta, el juicio ya formado espontáneamente por la razón, á saber, que un acto inteligente debe ser hecho por un ser inteligente, por una persona.

“Si la naturaleza, dice el P. Monsabré, irresistiblemente nos impulsa á atribuir á una persona los actos inteligentes, tiene Dios que ser la persona más alta, más poderosa, más perfecta.”

“Las obras que nos han revelado su existencia, que nos han dado el material para formar las pruebas de esa existencia que niegan algunos insensatos, manifiestan con resplandor incomparable, el pensamiento, el designio, la inteligencia.”

¡Mecanismo sublime de las esferas sembradas en el espacio, prodigios de la vida, maravillas del alma y del cuerpo!

Estas obras, ¿no descubren, por ventura, más que un nombre estéril?”

“Cuando leo con recogimiento, agrega el P. Monsabré, la Suma teológica, cuando contemplo la cúpula de San Pedro, cuando me extasío ante el cuadro de la Transfiguración, mis labios murmuran estos nombres admirables: Tomás de Aqui-

no, Miguel Angel, Rafael, y mi alma vuela á su encuentro. Les veo y les rindo mis homenajes: no son sombras vanas, son personas vivas.”

“Y cuando se despliega ante mí el magnífico espectáculo del Universo; cuando, lanzado en las extensiones infinitas, persigo los astros para pedirles el secreto de sus maravillosas revoluciones; cuando mi alma pensativa se deja mecer por las olas del océano; cuando la naturaleza hace brillar á mis ojos sus riquezas y sus adornos sin cesar renovados; cuando la vida me muestra sus armonías y el alma sus misterios; cuando me pregunto con San León:—¿quién ha hecho esto? ¿quién ha dispuesto todo esto?—cuando mi razón pronuncia el nombre de Dios; cuando se precipita hacia el gran ordenador, ¿no encontrará más que una sombra, más que un vacío sin límite alguno?”

Jamás, responde Platón, jamás podrá persuadirsenos que nada háy bajo el nombre de Dios, que aquel que es absolutamente, no tiene ni movimiento, ni vida, ni alma, ni pensamiento; que es inerte, que está privado de la angusta y santa inteligencia.”

“¿Diremos, continúa Platón, que tiene inteligencia, pero que no tiene vida? ¿Diremos que tie-

ne la una y la otra, pero no la personalidad? ¿Diremos que es personal, inteligente, viviente, pero sin acción?"

"Todo esto, concluye el gran filósofo, sería un absurdo."

Tal es la ley de la naturaleza: es irresistible.

La humanidad ha tenido razón de llamar á Dios, el gran viviente.

Y los cristianos creemos con más seguridad que ella ha tenido razón al dar á Dios ese nombre, cuando él se ha dignado responder: "yo vivo y hago vivir, *ego vivo et vivere facio*: yo soy el que soy, *ego sum, qui sum*."

Aunque nos fuera imposible ir más lejos en el conocimiento de la personalidad divina, deberíamos creer en ella, como en una necesidad lógica de los actos que la revelan, y para nada tener en cuenta las dificultades con que se arman los insensatos para destruirla.

Un principio necesario desafía todas las tentativas del espíritu humano, conjurado contra él.

A las nociones del buen sentido, que invenciblemente revelan la personalidad del Ser Supremo, oponen los sabios de hoy argumentos que, aunque sea de paso, debemos indicar.

"La personalidad de Dios, dicen los filósofos anti-personalistas, disminuye á Dios, porque si se considera como un Ser subsistente en sí mismo, distinto de las obras que produce, ya no es todas las cosas, ya no es infinito."

"Pero pregunto, dice el P. Monsabré, respondiendo á esta objeción, si un filósofo ó un artista se aminoran porque multiplican el uno sus sabias elucubraciones y el otro sus obras maestras?"

¿Sería más grande Rafael si no hubiese hecho la Virgen de la Silla, y más grande aún si no hubiese hecho nada?

¿No es el poder y la perfección de las obras las que revelan el poder y la perfección de la personalidad?

Cuando se nos dice que un Dios personal no es el infinito, porque no es todas las cosas, responderemos que por ser infinito debemos entender no el ser todo, sino el poseer, sin limitación alguna, todas las perfecciones concebibles.

"Dios, dicen los anti-personalistas, se aísla de

su obra, y en consecuencia, si se admite un Dios personal, subsistente en sí mismo, ya no podrá considerarse como un ser universal."

"Dios, no crea, responde el P. Monsabré, entre El y lo que hace, abismos más allá de los cuales encuentra el mundo su independencia."

El está en todo por su potencia, *per potentiam*, en cuanto á que todo movimiento, toda determinación, todo orden, está sometido á su querer supremo.

Está en todo por su presencia, *per presentiam*, en tanto que nada, ni aun el más secreto de nuestros pensamientos, ni aun la más imperceptible ondulación de lo infinitamente pequeño, escapa á su ciencia universal.

Está en todo, por su esencia, *per essentiam*, en el sentido de que es perpetuamente para cada ser, la causa de su vida, que todo subsiste por El, y que, si El se retirara, todo desaparecería en un instante.

Está en todo y es todo, *no formalmente* porque esto haría pedazos su inalterable unidad, sino *eminentemente* en el sentido de que el mundo real y todos los mundos posibles están contenidos en su eterna sabiduría y su potencia infinita.

Nosotros, seres limitados, no hacemos más que obras pequeñas que de nosotros se separan y de nosotros huyen, sin llevar á lo lejos más que el sello de nuestras ideas.

Y sin embargo, nos atrevemos á llamarnos personas; decimos *yo*.

"¿Y no podría decir *yo*, continúa el P. Monsabré, ese gran obrero, ese gran artista que retiene de tal manera su obra, que si, por imposible, se le escapara, dejaría de ser y volvería á la nada?"

Cesemos de soñar en una unidad quimérica, que inevitablemente se resuelve en una inexplicable multiplicidad, y contentémonos con la magnífica unidad de un ser subsistente, por quien todo es, y todo subsiste.

Si Dios es un ser personal, "tiene que ser, dicen los modernos filósofos, un ser imperfecto."

"La personalidad, dicen, determina á un ser y un ser determinado está envuelto en negaciones que lo limitan: toda determinación es negación."

"Sin duda, responde el P. Monsabré, la determinación es negación, si es el acto por el cual se fijan los límites naturales de un ser finito; pero si tiene por objeto precisar los caracteres constitutivos por los cuales una naturaleza subsiste,

entonces la determinación, lejos de negar, afirma.” Toda personalidad finita, puede ser determinada en el primer sentido; en el segundo, puede ser determinada la personalidad infinita, sin perjuicio de su perfección.

La personalidad de un ser no consiste en circunscribirlo, sino en hacerlo uno, y esto lo indica la palabra misma: persona, *per se unum*.

De manera que cuanto más uno es un ser, más independiente y más perfecto, es persona.

Si, pues, se nos dice que un Dios personal no puede ser universal, porque su subsistencia propia lo aísla de toda sustancia, responderemos que el universal no tiene necesidad de ser *formalmente* toda subsistencia, lo que rompería su unidad, sino que basta que contenga todo *eminentemente* y que nada subsista más que por él.

Si se dice que un Dios personal no puede ser el absoluto, porque no es independiente de toda relación, responderemos que ser absoluto significa propiamente, ser independiente en cuanto á su esencia y que todo lo tiene bajo su dependencia, en cuanto á su acción.

Si se nos dice, en fin, que un Dios personal no puede ser la perfección misma, porque está fa-

talmente condenado á una obra imperfecta, responderemos que en las profundidades de su ser, en el misterio de sus procesiones, Dios ha hecho una obra igual á sí mismo; que Dios no es perfecto con la perfección del mundo, pero que todo lo que tiene el mundo de perfección, le viene de Dios; que una obra no es imperfecta, porque no se le ha dado más que lo que conviene á su naturaleza; que la responsabilidad del mal moral no va más allá del agente libre que hace desviar un principio bueno, del que Dios es único autor.

“Es necesario escoger, concluye el P. Monsabré, entre el Dios del sentido común y el Dios de un idealismo mentiroso, padre de los errores más bajos y más groseros.”

Sobre las heladas alturas de las especulaciones sofisticas, dejemos que sueñen á los soberbios pensadores que sólo tienen compasión y desprecio para la parte sencilla de la humanidad.

Su Dios, jamás será el Dios del pueblo, ni el Dios del genio.

El pueblo y el genio: estos dos extremos del género humano, nos hacen escuchar su armoniosa voz que ahoga, en todos los siglos, el ruido discordante del absurdo.

Ellos quieren un Dios personal, que sea padre y amigo, fuerza, luz y amor, que tenga piedad de los dolores y de las lágrimas de los pobres: un Dios que vele por las familias y proteja á los pueblos.

NATURALEZA DE DIOS.

Parece un atrevimiento de la inteligencia humana querer investigar, desde el fondo de su pequeñez, la naturaleza del Ser Divino.

¿Acaso puedes comprender, decía el viejo Job, los caminos de Dios, ó entender al Todopoderoso hasta lo sumo de su perfección?

Es más alto que los cielos: ¿qué harás entonces? Es más profundo que los abismos: ¿Cómo has de poder conocerle?

La adoración muda, conviene más á nuestra impotencia, que los himnos temerarios.

El silencio, es la verdadera alabanza para Dios.

Y sin embargo, el entendimiento humano puede, aunque imperfectamente, conocer su naturaleza y debe emprender esa tarea, porque vale más

ese conocimiento, que poseer todas las ciencias humanas.

Las generaciones actuales, fascinadas por la materia, aplicadas á sus intereses de la tierra, arrastradas por la ola de los acontecimientos que atormentan nuestra vida social, sólo se fijan en las fáciles elucubraciones que llaman actualidades.

El estudio del dogma católico, es para el mundo actual un desierto árido y triste, y las vibraciones de la palabra divina, suelen causarle mortal enfado.

Es, sin embargo, preciso hacerla escuchar, porque el pensamiento humano tiende, por su naturaleza, hacia las alturas que lo acercan al mundo divino.

Hemos establecido la existencia de Dios, base y fundamento del edificio de la verdad, apoyándonos en ese principio: *no hay efecto sin causa.*

Y al ver las maravillas que están poblando el universo, sus movimientos, su vida, sus perfecciones y el orden prodigioso que observa la creación, no hemos podido menos que reconocer la existencia de una causa primera, con toda la con-